

PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10^a edición francesa.

CONTINUACION—*Empieza en la pág. 396*

¡Con qué placer corrí á la sala de baño para sumergirme en el agua, blanquearme la cara y refrescar mi brazo quemado! Esta vez hallé admirable la invencion que á toda hora me proporcionaba agua caliente en mi habitacion.

En cuanto á Zambo, no queria dejarme, pretendiendo que el patron necesitaba sus servicios y no podria pasar sin él. El guapo muchacho necesitaba hacerme hablar para darse importancia en el barrio. Mi gloria era suya; él era quien habia penetrado en las llamas por poder.

Cuando bajé, la oficina del *Paris Telegrafo* siempre llena de compradores, no podia satisfacer todos los pedidos. La multitud se estrechaba debajo de mis ventanas con el fin de alcanzar á verme. Con mi brazo en cabestrillo, mi mejilla lastimada y mis cabellos quemados, yo podía creermme un héroe.

Muy luego y para que nada faltase á la alegria de este dia feliz, la música de los bomberos vino á saludarme, y la compañía entera con Green á la cabeza me dijió un discurso.

En ese *speech* muy bien dispuesto, el especiero con una tierna modestia, se olvidaba de si mismo para no hablar mas que de la intrepidez que yo habia mostrado, y en nombre de la compañía me rogó que admitiese el puesto de capitán.

—Compañeros! amigos! contesté, estoy confundido con vuestra bondad, pero no quiera Dios que olvide el ejemplo que me ha dado el teniente Green ni el socorro que me prestó Rose, el valiente sarjento!

Al primero le debo el honor de una buena accion, al segundo le debo la vida. Permitidme pues que no olvide la deuda del reconocimiento, y que mire siempre como á jefes míos al escelente Green y al jeneroso Rose. Quiero quedar entre vosotros, compañeros, como vosotros simple bombero en un pais libre. Orgullosos con vuestra amistad y con vuestro heroismo, no trocaré nuestro modesto uniforme por el traje de un capitán jeneral. ¡Viva la América! ¡viva la libertad!

Mi contestacion tuvo buen éxito, sobre todo el fin, que no valia nada. Green se echó en mis brazos; otro tanto hizo Rose y Fox, tomándome á parte, me dijo en voz baja:

—Usted es mas sutil que el diablo, compañero, usted apunta alto; lo mismo es, lo adivino. Y guiñó á un tiempo ámbos ojos, misterioso lenguaje cuyo alcance no comprendí.

A una señal de Green, la música volvió á tocar. En ese momento ví que un cuadro subia á lo largo de la imprenta del *Paris Telegrafo*, como una bandera que se

iza en el palo mayor. En ese cuadro trasparante y alumbrado con linternas de color, se leia la inscripcion siguiente en caracteres de un pié de altura:

OCTAVA EDICION.

PARIS TELÉGRAFO.

Horrible incendio.

El heróico bombero SMITH NUEVO CINCINATO!!!

Cómo la América recompensa la virtud.

100,000 ejemplares vendidos.

En prensa la NOVENA EDICION.

—Qué quiere decir eso? pregunté. Zambo, traeme ese diario; ahí hay alguna mala chanza.

Traido el diario, leí en él con gran sorpresa mia el discurso de Green y mi contestacion. Me habian estenografiado é impreso durante la sesion. Mi negativa era lo que me valia el título de Cincinato. ¿Por qué? es lo que nunca he sabido, pero las palabras caian bien en el cartel. Alguna cosa debe ser el hombre que se llama el nuevo Cincinato.

Abajo de mi *speech* y bajo el rubro ridículo: *Como la América recompensa la virtud*, se leian las dos cartas siguientes:

EL CISNE.

Compañía de Seguros contra incendios.

Calle de las Acacias, n. 10.

(Capital social, 10 millones de dollars. Parte de los beneficios acordada á los asegurados.)

“Señor—

El valor que usted ha desplegado en el incendio de esta mañana le ha designado á la atencion del consejo de la Compañía.

En este momento se encuentra vacante el puesto de médico de consultas para certificar las heridas y accidentes resultantes del incendio.

Esperamos que usted nos hará el honor de admitir dicho cargo. El honorario es de 400 dollars.

El director de la Compañía.

X. X.

Al Sr. D. Daniel Smith, bombero de la 7^a compañía.”

LA PROVIDENCIA.

Hospicio de niños, sostenido por suscripcion privada de 10 dollars por año.

Calle de Noyers, n. 25.

“Señor—

El médico que pronunció las bellas palabras: *Soy pa-*

re anular derechos y pretensiones que traban al gobierno ¿qué es lo que se alega? Un interes superior, el interes social. La utilidad pública es la negacion de los derechos individuales: tal es al menos la manera de discurrir y de obrar en todo pais civilizado. Si fuese bastante escuchar el voto de la mayoria y sumar intereses y voluntades, hágame usted el favor de decirme qué seria la política: un oficio de menudeo, una ocupacion al alcance de cualquier hombre honrado.

¿Se figura usted un César, un Richelieu, un Cromwell, un Luis XIV, escuchando la voz de un paisano, ó tomando el voto de algunos millones de vecinos? ¿Qué vendrian á ser las combinaciones, las alianzas, las guerras, las conquistas, todos esos estallidos, todos esos juegos de fortuna en que triunfan los heroes?

Arrastrar á una nacion á la victoria y á la gloria, imponer á la masa popular ideas que no son las suyas, hacerle servir una ambicion y proyectos que en nada le conciernen—hé ahí la obra del jenio! Hé ahí lo que quieren los pueblos; ellos adoran á los que los miran en menos. Deje usted á esa pobre jente abandonada á sí misma y echará para esos trigos; sus anales se contarán en dos renglones, como cuentos de hadas: “Vivieron largo tiempo, fueron dichosos y tuvieron muchos hijos.” Con tan hermoso sistema ¿qué seria la historia? y qué retórica se haria aprender á nuestros hijos?

Yo estaba elocuente, lo conocia. Truth confundido me miraba de un modo estraño.

—Doctor, me dijo, á mi no me gustan los sofismas; pero de todos esos esfuerzos de intelijencia nada me es mas odioso que las paradojas de otra época, mentiras muertas hace largo tiempo. Me parecen una vieja cortesana que ha olvidado hacerse enterrar y que pavonea entre la juventud hastiada sus afeites, sus cabellos postizos y sus arrugas. Washington ha enseñado al mundo lo que es un hombre de bien que gobierna á un pueblo libre; hecha está la prueba; ha pasado ya el siglo del egoismo político, y no hay espacio mas que para la consagracion al bien.

Quien no comprenda esto, quien no entienda la voz de las nuevas jeneraciones, quien no sienta que la industria, la paz y la libertad son las reinas del mundo moderno, ese no es mas que un soñador y un insensato. Ese no camina hácia la gloria sinó hácia el ridiculo.

—No hablemos mas de esto, señor! exclamé levantán dome; y á mi pesar llevé la mano al puño de mi espada ausente. Si yo hubiese tenido mi uniforme de cirujano de la guardia nacional, habria obligado á ese insolente á echar mano al acero; haciéndole morder el pólvoro, le habria probado sin dejarle réplica que la América no entiende jota en punto á civilizacion y que un frances nunca se equivoca.

Continuará.

PRECIOSA.

LEYENDA

Por J. F. de Saint-German.

CONTINUACION.

Interesando, por lo tanto, cada vez mas en sus miras al escelente Mr. Renard, le invitó á que con destreza presentase él mismo el convento á la consideracion de Mme. Crevecoeur, como el sitio mas favorable á sus designios, y que al mismo tiempo dejase entrever á la codiciosa viuda las ventajas que la podrian resultar de adoptar aquel pensamiento.

Para las gentes honradas, constituye un placer bien inocente el combatir á los mentirosos con sus propias armas, y Mr. Renard, que conocia la lealtad de Mauricio, y tal vez divisaba un medio de asegurar el porvenir de Teresa, se prestó gustoso á todos sus proyectos. La viuda cayó fácilmente en el lazo que se le habia tendido, y hé aquí explicado porqué la hermosa huérfana encontró en el convento de las Agustinas un refugio seguro, y á demas el reposo que necesitaba.

Pero el reposo de Preciosa—queremos conservarla el delicioso nombre que la dieron sus compañeras, aunque de nuevo la hayamos conducido á la puerta del convento, refiriendo el principio de su triste historia:—el reposo de Preciosa se veia turbado algunas veces por sus recuerdos. ¿Cuál era la causa? Tal vez no hubiera podido decirselo á sí misma.

¿Seria una carta impresa, que como por casualidad se ofreció cierto dia á su vista, una carta en que participaban á Mme. Crevecoeur, el matrimonio de Mauricio?

Pero jamás habia existido íntima amistad entre ella y Mauricio, que era demasiado frio, muy severo y de mucha mas edad que ella: solo debia ver en Mauricio un mentor, un tutor, pues tal fué la última voluntad de su padre.

¿Sentiría Teresa una adhesion profunda hácia aquel bello y bondadoso carácter que la libraba de todos aquellos seres insignificantes ú hostiles entre quienes vivia en la casa de su madrastra? ¿Habria concebido esperanzas de ser amada ella misma? ¿Habia soñado en entregarle su vida? ¿O tal vez llegó á pensar que el lazo mas íntimo y sagrado podria en algun tiempo unir para siempre la hija de Crevecoeur al verdadero amigo de su desgraciado padre, y que aquellas dos existencias, lejos del mundo, solo tendrian por ocupacion aquel piadoso recuerdo?

Tal vez fuera este el sueño de preciosa, porque no podia ocultársela, y bien lo sabía, que era hermosa, aunque por ello no tuviese mas vanidad que la que ostenta la flor en los campos. Habia podido notar muchas veces la mirada seria y profunda que fijaba en ella Mauricio como queriendo adivinar el destino: cuando cantaba al piano delante de su padre y de Mauricio, habia sorprendido mas de una vez la emocion de este último, que segun la opinion de algunos inteligentes, parecia estraño é indiferente á la música; y si por casualidad le habia dado el brazo en el paseo, habia notado entonces en si misma una turbacion que no experimentaba con ningun otro: no sabia, por último, darse cuenta del sentimiento